

En la foto de arriba, la Reina Isabel II, a la derecha, y la princesa de Kent presencian desde el palco real el desarrollo del Derby de Epsom. Abajo, "Henbit", espléndidamente llevado por Willie Carson, atraviesa en primer lugar la línea de meta



UN DERBY CON ESPEJISMO

FERNANDO SAVATER

*"Tanta acción de destino acaba en alma".
(Jorge Guillén,
"Unos caballos").*

TODO en los caballos es misterioso, su cólera y su paz, su coraje y su desánimo. El secreto de su encanto es que no son máquinas, que rechazan o destituyen las maquinaciones humanas: a eso se le llama la "gloriosa incertidumbre del turf". Cada vez que un favorito fracasa en una carrera, los técnicos del pronóstico se indignan y apuntan la posibilidad de manipulaciones fraudulentas, como si lo realmente hermoso del juego de los caballos no fuese precisamente que no se puede saber nunca nada a ciencia cierta, que en la carrera opera una indeterminación radical que la rescata del mundo científico de la necesidad para el de lo libre y abier-

to. ¿No es bonito ver cómo la realidad se burla de las razonadas profecías de los entendidos y los caballos demuestran que sólo puede saberse con certeza acerca de ellos que nada seguro se sabe? Los aciertos en el pronóstico son triviales, a no ser que broten de intuiciones fabulosas, de corazonadas tan enigmáticas como las que llevan a ganar al caballo que parecía incapaz de hacerlo. Si bien la apuesta atinada satisface la vanidad y el bolsillo, siempre decepciona un poco, pues verifica nuevamente la omnipotencia de la lógica, es decir, de la muerte; en cambio, la fulguración de un resultado inesperado refuta la inexorabilidad de las leyes y nos devuelve a lo improbable, sin lo cual el juego de los caballos sería tan aburrido como una competición entre vagones de Metro por la misma vía y arrastrados por idéntica loco-

motora. Los enemigos de lo improbable, en caballos y en todo lo demás, son los "entendidos", es decir, los que conocen cómo opera la necesidad en un asunto y han decidido que todo lo que no es lógica es trampa. Hay quien entiende de caballos, como quien entiende de toros, o quien entiende de mujeres, o quien entiende de poesía: para ellos, el secreto es relojería o impostura. Y luego estamos los pasmados, los convencidos de la perpetua posibilidad del prodigio, de cualquier prodigio, salvo del prodigio de que lo prodigioso dejara un día de ser posible... Los pasmados solemos perder mucho dinero en las carreras, porque nuestras razones no son de este mundo ni tampoco son razones, sino corazonadas; es decir, que somos tan caballos como los caballos mismos y nos sentimos cómplices de la incertidumbre que a



veces nos defrauda y siempre nos libera. Lanzamos de vez en cuando teorías muy serias y coherentes, minuciosamente cuantificadas, por el placer secreto de ver cómo las profecías mejor argumentadas se hunden en un revoleo de cascos y fustas, al galope, al galope...

El Derby de este año, el 201 de la historia de esta prueba, se fue gestando desde un comienzo bajo el signo de la más gloriosa y desconcertante incertidumbre. El camino habitual para determinar el favorito o los favoritos del Derby es el siguiente: en primer lugar, las actuaciones a dos años han proporcionado a los expertos dos o tres nombres punteros que, hasta más ver, ostentan la cabeza de su generación; en los meses de marzo y abril, esos caballos comienzan a hacer sus primeras apariciones públicas, para confirmar o desmentir su supremacía, según como hayan pasado el invierno y "tomado la edad"; estos enfrentamientos culminan en las Dos Mil Guineas, prueba que se corre sobre una milla en el hipódromo de Newmarket y que destaca el primer favorito serio para el Derby; pero tanto las condicio-

nes del hipódromo de Newmarket —las Dos Mil Guineas se corren en línea recta— como la distancia misma de esta prueba son muy diferentes a la tortuosa milla y media de Epsom, por lo que a lo largo de mayo se celebran en diversos hipódromos varias "Derby trials", carreras de condiciones más semejantes a las de la gran clásica; a la selección así realizada se unen las preferencias formuladas por los entrenadores más en forma y la elección de monta de los grandes jinetes, sobre todo del "rey de Epsom", el maestro Lester Piggott; con todo ello, los "bookmakers" establecen las cotizaciones de cada participante, los apostantes buscan la más alta probabilidad al mejor precio, los comentaristas hípicas lanzan las más variadas y razonadas conjeturas y luego..., luego la carrera se corre y puede ganar cualquiera.

Pues bien, este año de gracia de 1980, como digo, este gradual y sensato camino hacia la determinación de un lógico candidato al triunfo resultó diabólicamente embarullado y contradictorio. Los dos caballos más calificados por sus actua-

ciones a dos años eran "Monteverdi" y "Hello Gorgous", pertenecientes a dos de los más destacados propietarios hípicas de los tiempos actuales, el americano Robert Sangster (dueño de "The Minstrel", triunfador del Derby en 1977, y del doble ganador del Arco del Triunfo, "Alleged") y el marchante de arte francés David Wildenstein, cuyos colores —azul oscuro con hombreras y gorra azul claro— fueron llevados por la extraordinaria "Allez France". Si a esto se une que los preparadores de ambos jacos eran lo mejor de lo mejor, es decir, el irlandés Vincent O'Brien y el inglés Henry Cecil, y que las montas habituales de uno y otro eran respectivamente nada menos que Lester Piggott, ocho veces ganador del Derby, y Joe Mercer, jinete campeón de Gran Bretaña en 1979, uno de los más puros estilistas de la monta inglesa, al que sólo faltaba el laurel de un Derby para completar su espléndida ejecutoria de más de treinta años, no cabe duda de que las preferencias de los entendidos estaban más que justificadas. Pero en los caballos, como antes dijimos, todo es misterioso. En primer lugar, está el paso de los dos a los tres años, lo que podríamos llamar "tomar la edad", aunque esta expresión hípica se reserva normalmente para el paso de los tres a los cuatro años, cuando el potrero abandona la "edad clásica", el esplendor vital y juvenil para el que ha sido criado y se convierte ya en caballo maduro. El adolescente precoz y despejado puede ser luego un joven mediocre, de poco fuelle; el joven héroe puede convertirse, tras sus triunfos, en un adulto prematuramente gastado y como abrumado por el peso de su gloria temprana. ¡Tomar la edad! Amigos míos, todo consiste en lograr esto bien. Si conseguimos tomar la edad sin que la edad nos tome, cuajar sin coagularnos, reforzar nuestra estructura activa sin rigidez ni empobrecimiento de la espontaneidad, si nos las arreglamos para... Pero volvamos a los caballos. En su primera aparición pública, tanto "Monteverdi" como "Hello Gorgous" fueron cómodamente derrotados por varios de sus compañeros de generación. El primero de ellos fue nuevamente batido por otro potrero irlandés, "Nikoli", y O'Brien decidió que no participase en las Dos Mil Guineas Inglesas para hacerle disputar la misma prueba en Irlanda, donde resultó

por tercera vez batido de forma tan contundente que Lester Piggott, al bajarse del caballo tras la prueba, le calificó de "useless". En cuanto al caballo de Wildenstein, logró triunfar en una de las "trials" más acreditadas, la Mecca Dante Stakes, que se disputa en el hipódromo de York, pero su actuación fue poco concluyente y mostró en su galope características que hicieron a Cecil dudar seria y públicamente de su aptitud para afrontar las duras exigencias de Epsom.

Bueno, dos cuya probabilidad de victoria quedaba por lo menos muy en entredicho. Pero, ¿y "Nureyev"? Porque "Nureyev" también contaba y mucho, incluso antes de conseguir sus impresionantes victorias a dos años y el facilísimo triunfo con el que abrió su temporada 1980. "Nureyev" entró en la historia del deporte hípico cuando no tenía más que un año y fue vendido en las subastas de Keeneland por una cifra cercana al millón y medio de dólares, record absoluto de precio pagado por ningún potrero hasta la fecha. Hijo del fabuloso "Northern Dancer", hermano de grandes campeones como "Nijinsky" y "The Minstrel", este Maradona equino fue adquirido por el armador Niarchos y entrenado en Francia por François Boutin; también era francés el jinete Philip Paquet, encargado de montarlo en las Dos Mil Guineas de Newmarket, para las que salió destacadamente favorito. La carrera tuvo un final electrizante y el millonario "Nureyev" consiguió ganar por un cuello a "Know Fact" (montado por Willie Carson) y "Posse" (conducido por Pat Eddery), pero fue distanciado por decisión de los comisarios al último lugar de la carrera, pues según parece obstaculizó al caballo de Eddery cuatrocientos metros antes de la llegada. Esta sanción despertó la lógica polémica, con su pique nacionalista y todo (hacia cuarenta años que no se distanciaba al ganador de una prueba clásica en Inglaterra y precisamente le tocó a un francés...), pero "Nureyev" se consolidó como el más sólido aspirante al Derby. Ya los bookmakers daban al caballo 4/1 en sus apuestas cuando otro contratiempo colaboró con los comisarios para estropear definitivamente su campaña de primavera: una fuerte gripe, contraída en la húmeda Newmarket, le impidió continuar su preparación cara al Derby y, por supuesto, participar en



UN DERBY CON ESPEJISMO

él. Y así fueron cayendo o desprestigiándose tantos otros candidatos. Ganadores un día, eran derrotados al siguiente por caballos que ni siquiera estaban matriculados en el Derby y pasaban en menos de una semana del favoritismo al olvido. Tal fue el caso, entre otros, de "Ginistrelli", ganador, en Lingfield de la "trial" que los expertos consideran más semejante a la clásica de Epsom y después derrotado ignominiosamente por caballos inferiores en una prueba secundaria, un par de semanas antes del día clave. Reconozco que me hubiese gustado que ese caballo hubiera tenido mejor suerte. Déjenme explicárselo. El Chevalier Ginistrelli fue un propietario y criador italiano de comienzos de siglo, afincado en Inglaterra: inventó el método de cría equina más romántico y menos ortodoxo, pero en modo alguno ineficaz. Ginistrelli era propietario de una yegua de vientre, "Signorina", que había permanecido diez años estéril en la yeguada hasta que finalmente tuvo un hijo, "Signoro", que llegó tercero en el Derby de 1905. El Chevalier decidió entonces buscarle un semental adecuado y pidió opción con alguno de los más reputados padrillos del momento. Pero un día advirtió un fenómeno curioso: cada vez que cierto caballo pasaba cerca de su cuadra, "Signorina" relinchaba con dulzura y coquetería. Dicho caballo llevaba el muy apropiado nombre de "Chalereux" y había ganado el Cesarevitch Stakes en 1898, aunque luego no había destacado particularmente como semental. Dice la crónica en la que leo este romance que cuando la yegua enamorada lanzaba su provocador lamento, "the stallion always answered". El Chevalier era un hombre de bien y se dijo que más allá de los estudios de "pedigree" y demás zarandajas, el mutuo deseo es la única garantía de un colto satisfactorio y de una cría comme il faut. "Se aman, hay que casarlos...", exclamó encantado. Pues bien, el retoño de esta feliz unión fue "Signorinetta", que no sólo ganó el Derby en 1908, sorprendiendo a la cátedra de entendidos (¡iba 100/1 en las apuestas!), sino también el Oaks, hazaña que sólo cuatro yeguas han logrado en la

Historia. Recordando a todas y todos los que hemos relinchado tantas veces infructuosamente, bien hubiera apostado yo un par de libras, en honor del galante Chevalier, al caballo que lleva su nombre.

Y en éstas y otras parecidas, llegamos al día del Derby. ¿Favoritos? Por un lado, "Nikoli", ganador de las Guineas irlandesas y dos veces verdugo de "Monteverdi"; por otro, el propio "Monteverdi", pues la monta de Piggott siempre es factor decisivo para los apostantes de la gran prueba clásica (cuentan que cuando Piggott decidió montar a "Empery" en el Derby de 1976, con el que obtuvo su séptimo triunfo en la prueba, el propietario del caballo, el millonario tejano Bunker Hunt, le rogó que durante tres o cuatro días no revelase su elección, para que él y unos amigos suyos pudieran hacer sustanciosas apuestas antes de que la cotización del caballo subiese y los dividendos quedaran mermados por el peso del nombre carismático del "maestro"); también era serio candidato "Henbit", ganador de sus dos salidas en el año, pues había sido elegido por su jinete, Willie Carson, entre varios caballos con buena probabilidad de la preparación de Dick Hern y el jockey escocés no tiene mal ojo, como probó el pasado año decidiéndose por el gran "Troy" y rechazando al potrero de la mismísima Reina, "Milford"; tras estos tres privilegiados, numerosos participantes acusaban su probabilidad de forma bastante igualada: "Hello Gorgeous", "Tyrnavos", "Star Way"... El preparador François Boutin presentaba a "Garrido", ganador del Derby italiano, como sustituto de su desafortunado "Nureyev", y en un intento de dar a la suerte posibilidad plena de reparación, hizo que le montase el mismo Philip Paquet que había protagonizado el incidente descalificador en Newmarket.

Fue el Derby Day más caluroso desde la segunda guerra mundial, según comentaban al día siguiente muy ufanos los cronistas de la efemérides. Los treinta grados largos del termómetro eran un agobio pegajoso que ese "ciego sol" de que hablaba don Manuel Machado se encargaba de hacer hervir

con determinación agresiva. La gente ponía hielo en la cerveza, en el champagne, en el café... en cualquier bebida, salvo en el whisky, porque el whisky en las rocas es cosa de la orilla bárbara del Atlántico. Torsos desnudos y pantalones cortos por todas partes, allá donde nuestros "progres" creen que no hay más que chisteras y fraques grises; y el noventa por ciento de las inglesas menores de treinta y cinco años no llevan sostén, lo que es muy, muy, pero que muy elogiabile. Un fallo de la agencia que organizaba nuestra expedición nos dejó sin entradas numeradas para los asientos de la gran tribuna. Se nos planteó el problema de cómo y desde dónde ver la carrera entre aquel inmenso gentío. Batallar por un puesto de a pie en el Stand es una empresa suicida que sólo conduce a melancólicas reflexiones sobre el desfavorable contraste entre la estatura del latino y la del sajón. Por otro lado, la mayoría de los ingleses que abarrotan Epsom no se molestan en ver el Derby; les basta con saber que se corre cerca y ellos mientras se dedican a formar parte del inmenso coro de la fiesta. Muy bien para ellos, pero yo sí quería ver la carrera. Decidí instalarme en el bar del paddock, con una cerveza bien calentita en las manos sudorosas; por la ventana de la izquierda podía ver a los participantes en el recinto de exhibición, acompañados de sus preparadores, de los jockeys, de la Reina y de su augusta madre; por la ventana de la derecha se divisaba un corto pedazo de pista, inmediatamente sucesivo a la meta, y frente a mí, lamento comunicárselo, tenía el televisor en color de circuito cerrado en el que esperaba contemplar el desarrollo de la prueba con toda minuciosidad y delectación. ¿Decepcionante? ¿Y qué no lo es en esta perra vida? Vista a la izquierda y allí estaba el alazán "Monteverdi" paseando tranquilamente por el paddock, bajo la mirada inflexible de Lester Piggott, que parecía meditar con los brazos cruzados sobre si su jaco sería tan useless como se lo pareció en Irlanda; vistas al frente y allí

estaba el mismo "Monteverdi" y el mismo Piggott meditabundo. Miserable milagro, pero milagro al fin. ¿Cómo emocionarse con aquel espejismo de carrera, con aquel triste duplicado, fruto quizá del calor y de la sed? ¿Cómo comparar la musculada y tersa maravilla que galopa sin esfuerzo por la pista camino de la salida —ahora, ahora mismo le veo por la ventana de la derecha— con el juguete a pilas que tiembla en el aparato? Sin emoción vi aquella recta final que transcurría junto a mí pero tan lejos, aquella lucha que me hubiera agarrado la garganta presenciada desde un observatorio conveniente. Sin emoción vi a "Hello Gorgeous" parecer por un momento ganador para luego hundirse, vi el fracaso de "Monteverdi", vi los esfuerzos de Saint-Martin sobre "Star Way" durante la interminable Tattenham Corner, y sin conmovirme vi triunfar a "Henbit", espléndidamente llevado por Willie Carson, en cerrada pugna con "Master Willie", "Rankin" y "Pelegrin", mientras "Garrido" era un esforzado quinto, a un cuello del último de los mencionados. Y, sin embargo, hubo mucho de emotivo en aquella llegada, aparte de su propia y restallante plástica. En efecto, trescientos metros antes de la meta, "Henbit" dio una especie de tropezón, como si cambiara de paso; en realidad, acababa de fracturarse una mano y de modo tan serio que es improbable que vuelva a correr, pero pese a su cojera continuó luchando bravamente hasta la meta. Y por si fuera poco, el segundo clasificado, "Master Willie", estaba convaliente de una afección de garganta y había perdido varios entrenamientos, además de llevar cuatro días sin comer ni beber absolutamente nada. Fue una llegada de corazón contra corazón y yo la tuve que ver desde una máquina, como si fuera uno de esos juegos electrónicos con los que entretienen sus tardes omnívoras nuestros ángeles de suburbio. Vi el espectáculo, sí, pero perdí el alma misma de lo que allí ocurre, el latir enigmático y jueguista, plural y único, heroico y bufonesco de la gran carrera. Descuiden, que no volveré a pasar. ■ F. S.